

# EL SECRETO

Tuve una infancia feliz. Eran tiempos de dictadura, aunque, para mí, la única dictadura era la de mis aitas y mis profesores. Todo lo demás era felicidad.

Viví mi infancia en un caserío entre Bilbao y Sondika, cerca de la ermita de San Roque. A veces, me tocaba trabajar en la huerta, pero era de esos trabajos queridos. Me encantaba subir a la meta para pisar la hierba mientras mi aita me la iba tirando con la sarda. También disfrutaba sacando las patatas de la tierra. Cada vez que tiraba de un manojo era una gran sorpresa. Recuerdo que competía con mi hermano por sacar la patata más grande o curiosa. Del resto de mi infancia todo era jugar y comer. Pensaba que sería siempre así. Que la escuela era un trámite antes del juego y que podría alimentarme de los bocadillos de nata y azúcar que me hacía mi ama.

Por las noches siempre guardábamos algo de comida, "para el grillo pillo" nos decían en casa, y se reían. Cuando algo desaparecía siempre decían que había sido el grillo pillo. Mi hermano y yo pensábamos que los adultos estaban locos, aunque nunca nos atrevimos a decírselo. Además, teníamos suerte porque en navidades y por nuestro cumpleaños, el grillo pillo siempre nos hacía los regalos más originales: caballitos de madera, tirachinas, goitibeheras, S no eran regalos caros, ni salían por la tele pero fueron, sin duda, con los que más jugábamos. Cuando cumplí los doce años me dijeron: " Hoy vas a conocer al grillo pillo, pero, tienes que guardarnos el secreto, vale?"

En ese momento, pasaron mil sensaciones por mi cabeza. A esas alturas sabía todos los secretos de mis padres, hasta sabía que los niños no venían de París, sino de los besos. Pero, ¿el grillo pillo? Siempre creí que era una locura más de mis aitas. Ni los amigos, ni los libros, ni tan siquiera la tele me sirvió para saber nada de ese grillo. "Tengo los aitas más raros del mundo", pensaba yo.

Esa noche, como dijeron, me llevaron a verle. Estaba ilusionado, aunque también tenía algo de miedo. Pensaba que, después de tanto tiempo, ese grillo sería enorme. Me lo imaginaba más grande que nuestra Beltza, la vaca más grande que teníamos en el caserío. Fuimos detrás de las tierras de mis tíos. Seguimos el riachuelo durante un buen rato y, al fin, llegamos a una pequeña cueva. "Aquí es", susurró mi ama. Yo tenía los ojos como platos y las orejas más receptivas que la noche en la que, para disgusto de mi ama, descubrí al ratoncito Pérez.

"Aita!! Heldu gara!!" gritó entonces mi aita. De la cueva salió un hombre mayor, con lagrimas en los ojos, una sonrisa tímida en los labios y una pequeña jaula de madera en sus manos. " Aquí tienes tu grillo, hijo" , dijo mi aita.

Mi aitite se acercó a mi, dejó la jaula en el suelo y me abrazó. Tras el largo y fuerte abrazo, me dio la jaula. "Llévala sólo de palabras y recuerdos bonitos", me dijo. Esa noche la pasamos hablando, preguntando y escuchando. Bueno, y de vez en cuando, también llorando. Me contó que huyó de la cárcel durante la guerra y que le dieron por muerto aunque, en realidad, se refugió en los bosques de Sondika. Fueron tiempos difíciles. Unos años más tarde murió Franco. Lo primero que hice fue ir en busca de mi aitite para darle la noticia. "¡¡Aitite!! ¡¡Ya eres libre!! Franco a muerto!! Puedes volver al caserío". Supuse que eso sería lo que más ilusión le haría. El, entonces me dijo: "Uno no es libre por dónde vive, sino por cómo vive". En ese momento descubrí que durante los primeros años mi aitite sobrevivió dándose por muerto pero, al final, acabó viviendo como si ellos no existieran. El tenía razón, la vida es un camino donde, a veces, te toca elegir dependencias y libertades, el eligió las suyas."